

*Juan Gil-Albert*

**CRÓNICA  
GENERAL**

**PRE-TEXTOS**

---

**INSTITUTO DE CULTURA  
JUAN GIL-ALBERT**

# ÍNDICE GENERAL

## PRIMERA PARTE

	<u>Pág</u>
Introducción .....	7
I. URBI ET ORBE.....	11
Dos siluetas.....	13
Isadora Duncan.....	13
Madame Argentina.....	16
Mis maestros.....	21
Gabriel Miró.....	21
Don Ramón María del Valle-Inclán.....	26
Azorín.....	31
Madrid.....	35
Los Condes de Gimeno.....	40
Figurantes.....	46
Un "personaje".....	51
Un balneario.....	59
Cestona I.....	59
Cestona II.....	66
Retrato de un cardenal.....	73
Beligerantes.....	78
El <i>Rolls</i> de la duquesa y la excursión a Loyola.....	84
Valencia.....	91
Grabador Esteve, 4, I.....	91
Grabador Esteve, 4, II.....	96
Dos solteros.....	100
Lucrecia Bori.....	108
La calle de la Paz.....	115
El "Ideal Room".....	125
Bajo el signo de Vives.....	129
Hacer novillos.....	134
La opereta.....	139
El cheque.....	144
Un cobrador inusitado.....	148
El mundo y sus gentes.....	156

	<u>Pág</u>
Intermedio europeo.....	163
La pureza de sangre.....	163
Las Cortes .....	172
Inquietudes regias en ferrocarril .....	176
El Káiser.....	179
San Petersburgo .....	183
El retrato oval.....	187
El carnaval .....	193
Anecdótico escolar.....	197
El aviso.....	202
El cinematógrafo.....	209
Francesca Bertini.....	214
Los ídolos .....	219
La Presencia y la Figura .....	224
Ir a París.....	231
Panegírico de Francia.....	236
La raíz española.....	241

## SEGUNDA PARTE

II. UN VERANO EN LA TURENA .....	247
Mademoiselle Antry y su camarista.....	252
Lenôtre. Noche del 9 de agosto de 1792.....	255
Montaigne.....	257
Los Valois. Los tres reyecitos.....	261
Intermedio privado. Kenneth de Bonneville .....	269
Un salto hacia delante. Saint-Ciprien. La Merigotte.	
Las lilas .....	281
¿Por qué los Valois? Un verso de Tibullo. Los semidioses .....	298
Continuidad de los hechos. El protocolo y otras fantasías	
rigurosas .....	301
Asesinato de Enrique de Guisa. La paz.....	312
El turno de Enrique III y otras evocaciones .....	324
Kenneth: Confesión forzada. Los modelos-clave:	
Wilde; Lawrence.....	336
Panorama íntimo de mi oriente español .....	344
¿Una noche histórica? .....	348

## INTRODUCCIÓN

Un simple artículo para un diario, escrito sin más pretensión duradera, había de llevarme, con todas las compuertas abiertas, a cosechar, colmado campo extensivo, esta *Crónica General*. Un hecho nimio: el anuncio de una película basada en Isadora Duncan. Visto mi comentario en la prensa, algo tiró de mí como alentándome a que continuara y, sin proyecto alguno, desenterré mis recuerdos, éstos vividos, sobre otra bailarina; en este segundo, por el efusivo encaje de la acción, algo latía ya de prometedor que me hacía señas como cuando alguien nos saluda de lejos. Después, en una clínica en la que me interné para ser operado, surgió, traída de la mano de una palmera que se destacaba en mi ventana, la evocación de Gabriel Miró; mi trabajo mental estaba en marcha y, sin conocimiento aún de los límites a los que osaba llevarme, me encontré, a los dos años largos de producción, con ésta que, recordando la sugestiva, en tantos aspectos, que vio la luz en el reinado de un monarca castellano, sabio e hijo de santo, me atreví a llamar como la suya. Las dos primeras piezas pude, ahora, haberlas suprimido del conjunto, pero, bien mirado, pienso que hacen las veces de esas pruebas con las que, al ponerse en contacto con su instrumento, se inician, como tentándolos, antes de empezar, los componentes de una orquesta.

La actitud de cronista me sienta bien; y el oficio; digamos la actitud y la aptitud. ¿Qué he sido sino eso, a lo largo de mi vida y de mi obra? Desde el "Concierto en mi menor" hasta mi proyecto de lo que he llamado "El retrato oval" ¿Qué hice más que asistir, entre admirado y estremecido, de felicidad o de pavor, a la historia de los hombres que me circundan, desde mis padres a Nicolás Romanov y los suyos, de lo más próximo a lo más lejano, de Alcoy a San Petersburgo? He dicho hace poco: mi casa era mi mundo, el Mundo. De ella lo he extraído todo: casa con paredes de cristal abierta al confín. ¿Especie de invernadero? Sí, pero con tormentas. Esta pasión mía por la vida, por la vida como espectáculo, por la vida como "representación", ¿De dónde podía procederme? ¿De alguna inclinación exotérica, de algún influjo extraño? No, de mi mismo recinto cultural. Esta propensión a contemplar el vivir como una majestuosa representación aquietadora, e inquietante, me llegaba de un clásico patrio, que había montado, en su día, su visión espectacular, perfectamente regulada de esplendores y sombras, y a la que lanzó, atrevidamente, con el título de *Gran Teatro*

*del Mundo*. Por tanto, me llegaba de mi misma casa, y ésta ahora, no en la aceptación de lugar-cuna sino en la menos restringida de hogar nacional.

Dicho lo cual, quien se preparara al leerme, a encontrar en esta constancia mía del vivir el despliegue de una teatralidad imaginada, e imaginaria, erraría el camino, pues que el intimismo nato de mi carácter apaga, por así decirlo, toda luz que procede de la electricidad, para dejar iluminado lo que cuenta, lo que cuenta y ve, con la sola luz interna, y desterrada diría yo, con la que se contemplan los hechos y los seres animados desde las profundidades, vibratorias, de una soledad como la mía, no entendida en el sentido socorrido de lo solitario, sino del que se sabe solo, del espectador que ve y no cree lo que ve, y no tanto por incredulidad como por su pasmo; y de ahí que lo que me pasme sea, con frecuencia, lo tan aparentemente sencillo, que podemos no explicarnos el porqué se dedica a minucias tales atención tan apasionada.

Por otro lado, veamos: a quien esto ocurre es un niño que entra en la vida en los albores del siglo y que, dado el furibundo terremoto mundial que se prepara, abre los ojos, y adquiere las primicias del gusto del vivir, en el efusivo atardecer de despedida del mundo antiguo, abismado, brutalmente, en el pasado vivo de la humanidad por los efectos, incalculables aún, de una explosión aterradora; y, por esta vez, no de procedencia divina, extrarradial, y misteriosa por tanto, no; muy por el contrario, resultado del cálculo humano y de inspiración criminal. Ese joven superviviente que contempló el rastro del pasado natural –natural no quiere decir impecable– siente aún, en su soledad traumatizada, el afán añorante de insuflarle su retenida vida propia, rozando, la ausencia de lo que fue, con el toque de su varita espectral. Un día, el poeta Rilke, dedicado, escrupulosamente, a su pausada labor solitaria, de avivar las reencarnaciones de esa existencia que no vemos pero que, como el golpecito insospechado en el muro de nuestro vecino de habitación, nos reclama, escribe en una carta, en noviembre del 25 –muere en el 26–, cuando mi adolescencia toca a su fin: “Las cosas dotadas de vida, las cosas admitidas en nuestra intimidad, están declinando y ya no pueden ser sustituidas. Nosotros somos quizá los últimos que habrán conocido tales cosas”. Es sólo un presentimiento pero que parece se toca ya con la mano. Rilke no alcanzó a “vivir” todo el horror; el pinchazo de unas rosas lo redimieron. Y los que venidos detrás, estábamos ya en el mundo, cargamos con el resto.

¿Quiere ello decir que las páginas de este Cronicón mío rezumen amargura? Nada menos propio y el lector se dará cuenta de ello. Yo mismo, si las repaso, siento a veces llegar, de su frondosidad, a mis mejillas, algo así como el murmullo de una brisa eternizada. Inmerso

en ellas me siento como simple espectador, tal vez no tan simple, aunque, en ocasiones, me recuerde, mi asustadiza actitud agazapada, la de ese pequeño conejo que, en los tapices de Arras, respira apenas, para no ser descubierto, a los pies de aquellos personajes de cetrería que representan allí sus vidas de fasto, de entretenimientos y de tribulaciones, ante mis vivos ojos extasiados a la vez que empavorecidos. Y esto es, precisamente, lo que he tratado de apresar, como un jirón de tiempo, en caracteres que participan de lo sinfónico y de lo cinematográfico, en la minuciosa historia-relámpago de mis Valois. En realidad, en esta segunda parte que hace referencia a mi verano en Tours, por vez primera, me desdoble, como el ser que voy a ser yo mismo, no ya en los otros, en mí, y es por ello que la crónica adquiere, en sus últimos aletazos, el cariz peligroso de las confesiones. El *deus ex-machina* abandona su nube y, apartando con su mano directriz a los promiscuos comediantes del drama, se adelanta solo, como un aventurado, y habla por sí mismo, por su propia boca. Y por brevísimos instantes.

Agosto, 1974

## DOS SILUETAS

ISADORA DUNCAN

Toda biografía llevada al cine asusta. Indefectiblemente el personaje queda empobrecido. La escasez de tiempo y lo multitudinario de la asistencia impone restricciones drásticas: resumir y vulgarizar. En estas condiciones no hay quien se salve. Y el resultado es, como se dice, que la ilustración se extiende pero a costa de qué lamentables simplificaciones. Vale más una ignorancia decente que un saber a medias, a medias y mal. Es por lo que, el anuncio de una Isadora Duncan cinematográfica, me hizo temer por ella y por los que no la conocieron. El año 27, en las páginas de la *Illustration française*, que se recibía en casa, leímos su nota necrológica acompañada de una foto en la que, envuelta en una amplia tela oscura, se la veía apoyada en el podio de una columna. Su *écharpe* de seda acababa de segarle la vida, en seco, ante los espectadores que paseaban o bebían refrescos en Niza, en el Paseo de los Ingleses, arrojándola del asiento de su coche al enredarse en el eje de una de las ruedas. Los que teníamos entonces veinte años habíamos comenzado a ampliar el ancho de nuestros pantalones para que, al bailar el charleston, se agitaran en torno a nuestros tobillos como dos pequeñas faldas. Josefina Baker reinaba ya en Francia, y Anna Pavlova, emigrada de la Rusia zarista, mantenía impertérrita, en medio de este alud, su baile de puntas y sus saludos ceremoniosos. A la misma distancia de las dos, entre la Europa de los tronos y el futuro de la descolonización, Isadora Duncan, de ascendencia escocesa, representaba la plenitud vital de la gran democracia americana y era una de tantas chispas brotadas del "Canto a mí mismo" de Walt Whitman. Reúno estos tres nombres porque convivieron extrañamente en un mundo que, luego de la guerra del 14, había iniciado las convulsas agitaciones en cuyas ondas han nacido ya nuestros hijos y nuestros nietos. Y además, por esto: El año 31, publiqué mi libro *Crónicas para servir al estudio de nuestro tiempo*. Entonces se daba en Valencia un premio al mejor libro del mes; el mío mereció ese galardón. Era un libro, si se quiere, divertido, pero no exento de intención, de intención sería. Almela y Vives lo reseñó en "La Correspondencia", calificándolo de ironía de guante blanco; Cipriano Rivas-Cheriff lo hizo en "El Sol" de Madrid, en una larga nota que titulaba: "Un cronista extravagante", y Pemán, al dedicarme uno de sus libros,

me llamó, con complacencia familiar, “arquero de la palabra exacta”. Cuántos juicios posteriores han sido olvidados mientras se mantienen verdes en la memoria mis lauros de novicio. Entre las “Crónicas” estaban las dedicadas a las tres bailarinas antedichas. A Pavlova la aplaudí, un año antes de su muerte, cuando en la cincuenta, las celebridades se han convertido en la quintaesencia de sí mismas, como Tiziano que, embebido de su tizianismo, pinta, nonagenario, el autorretrato del Prado. A Pavlova se iba vestido de etiqueta por miedo a que, rompiendo el protocolo, le hiciéramos dar un traspies. A la Baker la vi aquí, en Valencia, fuera de su ambiente, en el Apolo zarzuelero, y cuando no nos habíamos acostumbrado aún a confundir a una muchacha con un chico; claro que estaban los senos pero, aun así, la impresión plástica, de momento, desconcertaba, al menos en nuestra zona naranjera donde la mujer seguía conservando los temblores de su molicie natural. A la única de las tres a la que no he visto era a la Duncan, pero la había leído. El libro de su vida rivalizaba con el de Trotsky en manos de todos los que nos preciamos de rebeldes y de cosmopolitas. Era extraordinario, aunque mal traducido. No se puede reseñar: Es un baúl repleto, hoy, de antiguallas, entonces, de magnificencias. Recuerdo, por ejemplo, la fabulosa anécdota del gran Rodin, ya maduro y con barbas, viéndose asediado por aquella jovencita con cara de flor para que le diera un hijo, no de mármol, claro; la de Isadora, sentada a la mesa de Cósima Wagner, en Bayreuth, y produciendo de pronto, rodeada de los fieles estupefactos, el explosivo de estas palabras: el maestro ha cometido un error al intentar unir la poesía con la música. Y la exaltación en los museos, en el British, ante los Fídias, en Florencia, ante *La Primavera* de Botticelli, mientras los visitantes no saben qué contemplar, si los cuadros, o aquella muchacha descalza que intenta bailar ante el desconcierto de los ujieres. Asistíamos también al viaje a Grecia, tierra sagrada, en barcas con arenques por toda alimentación, como fieles compañeros de Ulises, y la peregrinación a Eleusis, llevando a la madre en un carro aldeano, mientras Isadora, su hermana, y Raimundo, bailan en torno sacudiendo ramas de laurel. Luego será la subida del rey al Acrópolis, a caballo, curioso de lo que le han contado, la existencia de unos desconocidos que se pasan las horas entre las columnas del Partenón, ebrios de sí mismos, recitando a Píndaro o componiendo con sus saltos grupos escultóricos.

No la vi, pero tuve amistad con una discípula suya, una catalana menuda, con cabeza goyesca, y que en Méjico se vestía su corta túnica de crespón, y en su terraza alta se ejercitaba al sol por las mañanas, levantando la frente al azar, de modo que los rizosos cabellos sueltos cayeran sobre los hombros, a la vez que imprimía a los brazos una cadenciosa modulación. Sentía por Isadora una devoción casi mística y,

como ella, increpaba al *ballet* como si fuera el depositario de todas las calamidades sociales, odiado por antinatural y artificioso. Pero, en realidad, la Duncan no ha dejado escuela ya que el genio de su improvisación desapareció con ella como el velo flotante que la mató. Resultaría curioso averiguar qué fue de sus educandas, aquellas niñas sin recursos, mantenidas como mariposas en el castillo de Belle-Vue, que puso a su disposición alguien que la amó y cuyo nombre es el único que Isadora, poco predispuesta al secreto como todos los amorales, deja en la penumbra atribuyéndole uno fantástico, Lohengrin. Pocas criaturas habrán vivido más al margen de la ley conservando, sin embargo, una especie de antigua inocencia, la anterior al pecado. Sufrió, pero su capacidad de entusiasmo conjuraba el peligro de la tristeza. Como Wilde, estaba magnamente configurada para el placer; don, al contrario de lo que se supone, poco común; perdió en un accidente mortal, y un poco tonto, a sus dos niños; había hecho promesa de no casarse nunca, pero la maternidad le atrajo siempre como una exaltación más de su paganía, y recorrió toda una gama de aventuras amorosas demasiado estéticas para resultar inmorales. Escandalizaba, pero no precisamente a los puros de corazón. Fue una libertaria y una precursora: la imagina uno hoy, casi centenaria, y coronada de asfodelos, presidiendo una de esas concentraciones de muchachos colgados de collares, en algún prado inglés, bajo la contraseña imposible de: Paz, Belleza, Amor. La U.R.S.S. la tentó, pero nada existía más opuesto al duncanismo que la ceñuda sociedad soviética. Sergio Essenin, un poeta bohemio, no comunista, y que acabó colgándose de la viga de un cuarto de hotel, fue su compañero idóneo y provisional. Isadora volvió a morir a la Costa Azul. Decaía, y su humor, de impulsivo se convirtió en atrabiliario. No se puede construir la vida sobre premisas juveniles, entiéndanlo sus secuaces. El aroma de la juventud dura lo que las rosas, eso lo sabían bien Anacreonte y Omar Kayan, poetas que Isadora leía con estremecimiento de labios pero sin lograr penetrar en el arcano de su sabiduría. Pienso, elevando el tema, que la juventud eterna es la de Goethe, incluida la del cuerpo, que Eckermann descubre en su desnudez, con reverencia y asombro, el día de su muerte, cumplidos los ochenta años, cuando levanta la sábana sobre los despojos de aquel viejo admirable. Es eterna, o completa, porque está integrada por la ancianidad; sin trampa. Los estudiantes, creo que en Berlín, habían desenganchado los caballos del coche de Isadora, para llevarla por su cuenta, trotando, desde el teatro al hotel; eran los momentos achampanados de su órbita. Su disposición última se refirió a sus cenizas, que fueron esparcidas, como fue su deseo, sobre las ondas del mar tembloroso. Criatura sin tumba, vaga como vivió, libre, desmaterializada, y en el *perpetuum mobile* del decir heracliano: "Nada nace, nada muere, todo se transforma".